

A 100 AÑOS DE LA MUERTE DEL ESCRITOR MANUEL GONZÁLEZ PRADA

# Profeta del nacionalismo peruano



GONZALO  
**Portocarrero**

Sociólogo

**E**l 22 de julio se cumplieron 100 años del fallecimiento de Manuel González Prada (MGP). Aun careciendo de un partido u organización que haya recogido y sistematizado su legado, su presencia permanece viva en la cultura peruana gracias a la profundidad de su análisis y a la excelencia de su prosa, que han convertido en clásicos a sus textos y en icónica a su figura de luchador honesto y veraz. No ha sido, pues, el sustento estatal sino el apoyo popular lo que ha consagrado a MGP como uno de los grandes pensadores peruanos. Como el profeta de un nacionalismo inclusivo, como el intelectual que supo recoger y articular “esa urgencia por decir nosotros”; la amplia expectativa por constituir una sociedad donde más importantes que las diferencias sean las semejanzas y la solidaridad entre los peruanos. Su mérito obedece, sobre todo, a su sorprendente lucidez para calar en los males peruanos. Al punto que si tuviéramos que nombrar a una figura que, por la vigencia de sus juicios y apreciaciones, tenga relevancia hoy, no dudáramos en señalar a MGP.

A diferencia de otras corrientes intelectuales, la establecida por MGP partió no de teorías o de visiones previas, sino de su propia experiencia como peruano y como un limeño de origen aristocrático que, además, había asimilado profundamente el mensaje evangélico de igualdad sustancial entre los seres humanos. Gracias a esta visión de las cosas, pudo indignarse y escandalizarse ante la preservación –apenas embozada– de las jerarquías raciales, propias del mundo colonial, que se encontraban vigentes en la Lima

colonial de la naciente república.

La constelación de problemas sobre los que la obra de MGP llamó la atención se referían, sobre todo, a la inconsecuencia de la aristocracia; a su prepotente barbarie, bendecida por un catolicismo “africano” que se encontraba lastrado por atavismos supersticiosos pero carente de espiritualidad. Un pensamiento incapaz de inspirar una moral que sirva de guía para toda la humanidad. En este contexto, MGP le da gran importancia a los individuos y a las decisiones personales. “Hay que sanearse y educarse a sí mismo, para quedar libre de dos plagas igualmente abominables: la costumbre de obedecer y el deseo de mandar. Con almas de esclavos o de mandones, no se va sino a la esclavitud o a la tiranía”, escribió.

La apelación de MGP a la virtud personal para construir una sociedad basada en la justicia y en la armonía puede sonar ingenua. Pero ¿acaso había otra solución? Aunque pueda haber coqueteado con la violencia, MGP confiaba mucho en el lenguaje y en la persuasión como para afirmar que él creía en la guerra. De modo que, pese a lo categóricas que pueden haber sido, sus afirmaciones



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

“Manuel González Prada confiaba en que, a la larga o a la corta, el Perú se convertiría en una nación solidaria”.

eran sobre todo advertencias y llamados de atención que buscaban evitar la propagación de la violencia contenida en la entraña del colonialismo. De allí que confiara tanto en la generosidad de la gente, sobre todo en la de los jóvenes, siempre susceptibles a la indignación y a la denuncia. “Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un Estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley”, afirmó.

De igual manera, MGP denunció la impostura de un Perú sin la participación dialogante –y decisiva– del mundo indígena. Y aunque no estuviera seguro sobre cómo podrían lograrse la profundización del mestizaje y el desvanecimiento del racismo, sí confiaba en que, a la larga o a la corta, el Perú se convertiría en una nación solidaria. En realidad, la sociedad peruana vivía dándole la espalda a la esencia de su ser, que era justamente la centralidad de lo indígena en su cuerpo social. De este ocultamiento y mentira nacía la falta de veracidad del mundo criollo, la irrefrenable tendencia a la corrupción y el hecho de que la realidad de las cosas fuera tan distinta a como se proclamara. Y que todos, además, estuvieran acostumbrados a ello.

Pero el reconocimiento de la trascendencia de la figura de MGP se va abriendo paso. No solo por el orgullo que produce la contundencia y la felicidad de su expresión, sino también por el reconocimiento internacional que su obra despierta. Un ejemplo de esto es el del profesor estadounidense Thomas Ward y de la profesora francesa Isabelle Tauzin. —

MIRADA DE FONDO

## El otro pitufeo



DIEGO  
**Macera**

Gerente general del Instituto Peruano de Economía

¿Por qué el Perú no es un país rico? No digamos, ya, desarrollado, para no caer en discusiones conceptuales, sino simplemente rico. ¿Por qué el Perú no crece tan rápido como debería y la mayoría sigue en empleos precarios? Respuestas a esta pregunta, quizá la más elemental de la economía, hay de todos los sabores: por la falta de educación, por la corrupción, por la tramitología, por la política, por la falta de innovación, por la informalidad, un largo etcétera a gusto del analista de turno y de las herramientas que este tenga a la mano.

Todas estas perspectivas encierran algo de razón pero, a riesgo de ser tautológico y cortante, la respuesta es más simple: el Perú no es un país rico porque no es un país productivo. La habilidad de convertir suficiente esfuerzo, trabajo, tierras, capital y demás recursos en bienes y servicios valorados por otros es la única garrocha para salir de la pobreza y consolidar la clase media. No hay mucho más secreto en la economía que ese.

Siguiendo el razonamiento, cuando se dice que el Perú es poco productivo, lo que en el fondo queremos decir es que sus personas

son poco productivas. ¿Y por qué somos poco productivos los peruanos en promedio? Aquí la respuesta se hace más difusa, pero se puede ensayar una buena hipótesis: somos improductivos porque la gran mayoría trabaja en empresas muy pequeñas y poco productivas.

Veámoslo así: 65% de los trabajadores peruanos están en empresas de menos de cinco trabajadores, muchas unipersonales, la gran mayoría informales. Estas microempresas –el taller de mecánica, la parcela agrícola o el puesto en el mercado– tienen en promedio una productividad equivalente al 6% de la productividad de una empresa grande. En México, país que enfrenta retos muy similares a los nuestros, el porcentaje es de 16%, y en países OCDE sube a 57% con respecto a las empresas grandes de esos mismos países. Entre las empresas registradas en el país, 97% son microempresas. El peruano promedio de hecho trabaja más que el europeo promedio, pero produce mucho menos. Si nuestro activo principal, las personas, permanece tan desaprovechado, con tan poco capital –físico y humano– disponible; si casi dos tercios de la población empuja día a día, hora a hora, emprendimientos tan poco productivos, ¿a alguien le puede sorprender que el Perú no sea un país rico?

Por supuesto que hay microempresas productivas, pero estas son la excepción. La mayoría son emprendimientos dictados más por la necesidad que por la idea original de negocio o la capacidad gerencial. Muchos emprendedores –quizá la mayoría– preferi-

rían estar empleados con un sueldo fijo y más estabilidad, pero ante la ausencia de oportunidad levantan su propio negocio. Ello termina siendo poco eficiente para ellos y para el país en general. La narrativa que idealiza al emprendedor peruano es uno de los mitos más nocivos que aún tenemos arraigados.

¿Cómo enfrentar esta baja productividad y pitufeo empresarial? Hay dos vías que, bien entendidas, pueden avanzar en paralelo. La primera es elevar la productividad de las microempresas a través de mucho mejor acceso a crédito, a mercados, a condiciones de formalización, entre otros. Este, sin embargo, es el camino ya conocido, y que de hecho ha llevado a normas que justamente promueven la evasión, el enanismo y la improductividad. Las empresas formales más chicas pagan menos impuestos, tienen menos sobrecostos laborales, y se les demanda menos papeleo.

El otro camino –más rápido– es fomentar más contratación en empresas que ya son productivas, pagan buenos salarios y pueden ofrecer una línea de carrera clara. En Chile, más de la mitad de los trabajadores está en empresas grandes; en el Perú con las justas se llega al doble dígito. En un contrasentido, sin embargo, la política pública general carga de costos, rigideces y penalidades la creación de empleo en estas empresas.

La próxima vez entonces que nos preguntemos por qué no somos ricos, quizá no haga falta mucho más que mirar el tamaño de la planilla de la empresa en la que estamos. —

EL FUTURO DE LA PALABRA ESCRITA

## Las columnas de opinión



LAURA  
**Gil**

Diario 'El Tiempo' de Colombia, GDA.

**E**n medio de la polarización, bajo el ataque de unos y otros y ante el torrente de los insultos cotidianos, asumo que varios de mis colegas columnistas se cuestionan, como lo hago yo, acerca de la relevancia de las páginas de opinión en Colombia. Pero, aun en el mundo de la posverdad, este oficio tiene sentido. Así lo encontró un estudio dedicado a medir el impacto de las columnas, publicado en los primeros meses del 2018 (“The Long-lasting Effects of Newspaper Op-Eds on Public Opinion”, “Quarterly Journal of Political Science”, marzo del 2018).

Los profesores Emily Ekins, Alexander Coppock y David Kirby midieron la evolución de los puntos de vista antes y después de la lectura de cinco columnas complejas, de cuestiones diversas, difundidas en periódicos de circulación nacional. Todos los participantes no solo absorbieron la información presentada, sino que también incorporaron la argumentación en la modificación de sus apreciaciones. Las columnas fueron, entonces, un factor estadístico de peso en la formación de opinión.

La op-ed (opposite the editorial page) fue concebida para volver la experticia asequible a la masa. Aunque las prime-

ras aparecieron hacia los años veinte como instrumento para balancear el editorial institucional, las páginas de opinión no se oficializaron hasta cincuenta años después, cuando “The New York Times” instauró la suya. Se trataba de democratizar la discusión instruida, poniendo a disposición del público el pensamiento del especialista.

Hoy, el hallazgo no deja de ser contraintuitivo. Las pesquisas en el uso de redes sociales muestran que las personas buscan la información que refuerza sus propias convicciones. Se van creando así islas de opinión compuestas de ciudadanos, incapaces de dialogar con el otro. La voz versada se ahoga en el ruido de las noticias falsas, y el acceso a Internet nos permite a todos creernos concedores.

Según el estudio, las páginas de opinión sí sirven, y sirven mucho. Las columnas entregadas lograron influir de manera significativa en el lector común y un poco, tan solo un poco menos, en el integrante de la élite política, más asiduo visitante de estas páginas. El impacto parece de largo aliento en tanto los participantes recordaron los datos y los razonamientos de las piezas hasta un mes después.

Semejante privilegio impone la mayor responsabilidad. El alto contenido informativo de los textos elegidos para el proyecto podría sugerir el aprecio por la razón con base en los hechos.

Los experimentos estadounidenses pueden no ser transferibles a Colombia. Pero dan puntadas y algo de esperanza. A lo mejor no estamos escribiendo solo para los similares y, entre diferentes, podemos reconocernos como interlocutores. Aun en tiempos difíciles, sobrevive el poder de la palabra escrita. —

—Glosado y editado—